

Lo real de los sueños

Cuando volviamos hacia Madrid, después de un largo paseo por el monte del Pardo, recayó la conversación, no sé por qué caminos, sobre la verdad de los sueños y su valor como profecía.

—Yo tengo mi opinión hecha en ese punto—dijo Miguel, mi invariable compañero de excursiones al campo.

—¿Y cuál es tu opinión?—pregunté.

—Que los sueños son, no sólo verdad, sino la única verdad segura...

—¿Cómo lo has averiguado?—le interrumpí en tono de burla.

—Como se averiguan, ó á lo menos como se empiezan á averiguar esas cosas. Por observación sobre mi propio.

—Veamos.


—Es muy sencillo. Tú conoces cómo es mi vida. Soy un verdadero galeote del trabajo cerebral, un enfermo de la fiebre

moderna, de eso que llaman *fiebre americana*. Y estoy tan solicitado por las cosas exteriores, por el artículo de hoy, el libro de mañana, la carta de todos los días, que no me queda tiempo para pensar en los problemas de mi espíritu, para examinar mi conciencia, que es, al fin y al cabo, lo que debiera importarme más... Sí, ya sé que la mayoría de los *modernos* padecen de igual daño, y que, fuera de las cuestiones que se han visto obligados á tratar *objetivamente*, en sus estudios, no podrían decir cuál es el fondo de sus creencias y sentimientos, porque no han tenido espacio para pensar sobre unas ni otros, para interrogarse á sí mismos. Eso me pasaba á mi, hasta no hace mucho, con un cariño muy grande, que en algún tiempo llenó mi alma y dió luz á mi vida. Cuando la hermosa alianza entre mi existencia y la de aquella mujer que fué mi encanto se rompió bruscamente, produjo en mí como una obliteración de la memoria tocante á la dulce ilusión desvanecida. La quise olvidar para huir del dolor; y la olvidé tan bien, que llegué á creer, si alguien por indiscreta alusión la recordaba, que no era á mí, sino á otro hombre á quien aquella desgracia había

ocurrido. El peso enorme, la ocupación continua de los quehaceres intelectuales á que ciegamente me arrojé entonces, ayudaron á la obra del olvido. ¡Ya no tuve tiempo para recordar lo pasado! La realidad presente estaba llena para mí de otras muchas cosas, ante las cuales todo lo demás era puro sueño... Me creía convertido en otro hombre. Pero la verdad tiene una fuerza tan grande, que á todo vence al cabo. Como el tierno brote del trigo que yace oculto en invierno bajo la nieve espesa para crecer luego más poderoso, así la verdadera preocupación de mi vida se ocultaba bajo la continua labor cerebral y cobraba nuevo vigor para brotar enérgica algún día. Ese día, mejor dicho, esa noche, llegó. En sueños hablé con ella y me deleité oyendo su voz cariñosa, mirando sus ojos, tan grandes, tan profundos, tan llenos de amor!... ¿Cómo he venido á soñar esas cosas?—me dije.— ¡Hace tanto tiempo que pasaron! Pero á la noche siguiente volví á soñar, y seguí soñando lo mismo durante una semana. Cada vez veía el rostro adorado con más pureza, con más claridad; cada vez se hacía más *real* mi sueño. Comencé á preocuparme. Estaba seguro de no hacer en

mi vigilia cosa alguna, ni oír la ni pensarla, que pudiese provocar sueño semejante; y, sin embargo, el sueño volvía cada noche, ¡cosa rara! presentándose siempre imágenes sonrientes y felices, como si lo ilusorio fuera la desgracia *real* que nos separaba. Y al fin, los sueños me han vuelto á mi propio sér. Ellos me han enseñado que el verdadero *yo* no es este Miguel que durante el día lee, escribe, perora, explica á sus alumnos y estudia problemas sociales, sino ese otro Miguel que, dormido el cuerpo, se me revela, haciéndome vivir en mi propio mundo, en el mundo de los sentimientos que llenan plenamente el fondo de mi alma; porque me he convencido que ellos son, y no otra cosa, la única verdad esencial que hay en mí; porque ellos me dicen con claridad perfecta que lo que creí olvidado, lo que á todos parece que no recuerdo, es lo que está siempre presente á mi espíritu, y en él reina cuando los afanes de la vida exterior lo abandonan y vuelve al reposo, al santo reposo que permite salgan á flote los restos del gran naufragio de mi vida.

.....
¡Cuántas cosas me hizo pensar el relato de Miguel! ¿No te dice á ti nada, lector?



El secreto del doctor Mendoza

I

Todo el mundo conocía al doctor Mendoza. Su fama de especialista en enfermedades de la garganta le había hecho célebre y rico. Era también, en opinión de las gentes, muy excéntrico. Jamás se le vió en café alguno, ni en paseo, ni apenas en el teatro. Con sus compañeros de profesión mantenía relaciones cordiales, pero poco íntimas. Nunca tuvo más de un ayudante (primerizo siempre, recién salido de las aulas), que le servía antes de discípulo que de auxiliar. A las ocho de la mañana daba comienzo la consulta, que no terminaba hasta la una; por la tarde salía el doctor á la visita; las horas de la noche, hasta las once en que invariablemente se acostaba,

dedicábalas á sus pocos amigos, á quienes visitaba por turno riguroso para jugar la imprescindible partida de tresillo.

Siempre iba solo. Su mujer y sus tres hijas hacían vida aparte, pero también muy retirada, con escasas relaciones. Sabíase que vivían unidos, en gran paz. Dos de las hijas se casaron, las dos en el mismo día; y desde entonces, pareció como que la desgracia había hecho nido en aquella familia. La madre murió á poco, y Ana, la hija restante, vió cortado su matrimonio por la muerte repentina de su prometido. Quedóse el doctor solo, al cuidado de aquella muchacha que era casi una niña y llevaba ya dos lutos en el alma. Mendoza, dando tregua á su excesivo trabajo, se dedicó á ser padre y á impedir que Ana muriese de tristeza. No era inútil el empeño. El carácter de Ana, concentrado y grave, no se prestaba á manifestaciones externas y ruidosas; pero, calladamente, su vida consumíase en el fuego de una melancolía interna, profunda y constante, fiebre del espíritu que mata como la del cuerpo. Entonces supo el doctor una cosa que ignoraba antes en absoluto: que su hija le quería muchísimo; y resultó, al cabo, que fué ella quien cuidó á su padre

y le hizo más llevadera la soledad de la casa.

Sólo tres amores había tenido Ana en su vida. De ellos, dos habían quedado sin objeto: el de su madre y el de su novio. Los guardó en la intimidad de su corazón, y allí les rendía fervoroso culto, casi confundiendo en uno; y todo lo externo de ellos, que ya no tenía aplicación, lo reflejó en el otro, en el de su padre. Para ella era el doctor, no sólo el más bueno de los padres, sino el más honrado, el mejor de los hombres. En la mesa, mientras él comía con excelente apetito, ella, que apenas si probaba de los platos, quedábase mirándolo, extasiada, como el creyente mira la imagen de su Dios. Luego, la tristeza apoderábase otra vez de aquella niña, que se encerraba en su cuarto buscando en la lectura y en la música un pretexto para divagaciones libres y sueños de la mente.

Todo allí le recordaba á los dos seres perdidos: el retrato de su madre sobre el piano; el de Ricardo sobre la chimenea; algunos libros que habían sido de él, en un estantillo, al lado del balcón, y en la rincónera, que hacía *pendant*, una de esas preciosas cajas de laca china, que encerra-

ba las cartas mediadas durante el largo tiempo del noviazgo. En aquellas cartas estaba el supremo dolor de Ana. Le habían sido devueltas, después de la muerte de Ricardo, por expresa voluntad de éste.

Recordaba bien las palabras de él, que le repitieron.—El día antes de morir, Ricardo, que se sentía muy mal, dijo: «Si me muero, encargo hagan por mi estas dos cosas: devolver á Ana todas sus cartas y quemar las demás que tengo, incluso las de su madre.» Luego, reflexionó un momento, y añadió: «No, traerme las otras todas: quiero quemarlas yo mismo.» Y las quemó. Sólo las de Ana se salvaron.

Sin saber por qué, había en estas palabras una cosa que hería vivamente á la joven. ¿Por qué quiso Ricardo quemar las cartas de su madre? ¿No era lo más lógico que se las hubiera devuelto á ella, como reliquia que nadie mejor que una hija podía guardar? ¿Qué podían contener aquellas cartas en que, sin duda, la mujer del doctor Mendoza, con esa amorosa previsión de las madres, procuraba sondar y dirigir el corazón del que había de ser marido de su hija? Ana recordaba bien el cariño que siempre se habían manifestado su madre y Ricardo. Sabía, porque lo estuvo

viendo durante años, que se escribían mucho; y aun algunas de las quejas que á veces él, en esos rozamientos fútiles de los enamorados, tenía contra Ana, llegaban á ella por el intermedio conciliador de la madre. ¡Cuánto no hubiera estimado Ana aquellas cartas, prueba de la unión de sus dos grandes cariños! También le faltaban las de Ricardo á su madre, porque ésta rompía siempre toda su correspondencia después de leerla. Y la pobre niña, sin atreverse á concluir pensamiento alguno, demasiado pura para concebir sospechas injuriosas, sentía de tal modo aquella desazón en su alma, que aún no se había atrevido á desatar los paquetes de cartas desde el día en que los recibió.

II

Así pasó el tiempo y se cumplió el aniversario. El doctor fué con su hija á la iglesia, y oyeron dos misas: una por la madre y por Ricardo la otra. Después volvieron á casa y el doctor salió, llamado para una operación urgentísima. Ana quedó sola, más sola que nunca, porque los recuerdos eran en aquel día más vivos

y lacerantes. Se encerró en su cuarto y comenzó á sacar todos los objetos que quedaban de los dos muertos queridos: joyas, cintas, libros, flores secas... Todo lo repasó minuciosamente, gozándose en el cruel atizamiento del dolor. Poco á poco fué la pena haciéndose más dulce y más profunda, envolviendo todo su sér como un fluido en que se bañara por fuera y por dentro. Sintió sin que le hiciera daño, con una extraña voluptuosidad; y de golpe, alcanzó esa melancolía serena que los grandes sufrimientos dejan cuando el tiempo los ha lavado de toda exaltación. Espontáneamente lo dejó todo y corrió á la caja de las cartas. Sentíase capaz de leerlas, de remover aquellas prendas de cariño, *como si fueran de otro*, como si las leyese en una novela. ¿No era ella, al fin, una muerta, un personaje fingido aún por la vida física, pero borrado ya en la vida del espíritu para aquellos afectos?

Abrió la caja. Había dentro cuatro gruesos paquetes, la historia de cuatro años de amor. Desató el primero y leyó todo su contenido, llorando silenciosamente, sin espasmos, sin congojas, como lloran los nerviosos cuando oyen música y los viejos cuando hablan de sus hijos. Al abrir

el segundo paquete, tuvo una llamarada de alegría. Allí, entre las cartas suyas, había una de su madre, una que había escapado á la destrucción. La cogió sin zozobra, sin acordarse de sus dudas de otras veces, sintiendo sólo el gozo inmenso de ver aquella letra querida. Y la leyó. . . .

.....
Cuando el doctor Mendoza volvió á su casa con excelente humor, porque la operación había salido perfectamente, y con gran apetito además, porque eran las dos de la tarde, extrañó mucho que su hija no saliera á recibirlo, como tenia por costumbre. Preguntó por ella.—«La señorita está en su cuarto»—contestó una de las criadas. Y el doctor se encaminó allá, temiendo que Ana estuviese enferma, víctima de una de esas crisis nerviosas á que las circunstancias del día se prestaban tanto. Era tal su impaciencia, que en vez de llegar hasta la puerta del gabinete entró por la de la alcoba, que daba al comedor y estaba abierta.

No oyó Ana los pasos de su padre sino cuando ya estuvo al lado de ella; y entonces, al levantar los ojos y verlo, se pintó un terror tan extraordinario en su cara, que el doctor retrocedió un paso.

Fué aquello súbito, como un relámpago, que Ana reprimió inmediatamente. Estaba sentada en el suelo, con los brazos caídos, la mirada llorosa; y la carta, aquella carta de su madre que tanta alegría le produjera al principio, yacía sobre la falda negra, marcando allí una mancha luminosa. El doctor se rehizo al momento y se inclinó cariñosamente hacia Ana.

—¿Qué tienes? ¿Te has asustado?

Ana no contestó; limitóse á mover lentamente la cabeza, como quien niega.

—¿Qué tienes?—repitió el padre. Y notando el desorden de la habitación, sobre cuyos muebles estaban esparcidas las joyas, los libros, las flores y las cartas, encontró al punto una explicación.

—¡Pobre hija mía!—murmuró probando á levantarla. ¿Por qué haces eso? ¿Por qué ahondas la herida? Anda, ven conmigo, serénate.

Pero ella se resistía dulcemente, como quien duda, y sin atreverse á mirarlo.

—¡Ana, Ana, por Dios! Vas á matarte. Esto es una locura—dijo el doctor, en quien la impaciencia del médico se sobrepuso á la dulzura del padre.

Tampoco contestó ella nada. Lentamente recogió la carta y la dobló, guar-

dándola en el bolsillo; luego se levantó y quedó en pié, frente á su padre, pálida y temblorosa. El doctor, que empezaba á desconcertarse, la atrajo hacia sí, y sentándose en el sofá, la puso sobre sus rodillas.

—¿Qué tonta es mi niña, verdad?—dijo queriendo echar á broma el caso.—¿No quiere ya á su padre? Y comenzó á besarla en la frente.

Ana se estremeció. ¡No querer á su padre! ¿Y cómo decirle que sí, que era verdad, que ya no le quería, que sentía hacia él repugnancia, desvío, una cosa que no sabía ella misma explicarse? ¿Cómo decirle que en aquella carta había leído la confesión de un alma dolorida, que acusaba á su marido de la infidelidad más injuriosa, del olvido absoluto de su deber de esposo y del respeto al cariño y la dignidad de su mujer? Veía Ana derrumbado de golpe todo el castillo de sus ilusiones y confianzas; veía la mentira de una paz y de un acuerdo que creyó verdaderos y fuertes entre sus padres; veía el sacrificio inmenso de su madre evitando el escándalo, para que sus hijas no conocieran la falta; recordaba el párrafo final de aquella carta que decía á Ricardo: «Y

sobre todo, qué mala. No quiero que jamás llegue á noticia de mis hijas que yo he sufrido por causa de su padre. De tí, espero que no dirás nada»; y recordaba, sobre todo, la recomendación última de su madre, que en ese momento de lucidez que suele preceder á la muerte, le dijo señalando con la mirada al doctor: «Quiérole mucho, hija mia.» Y ella lo había querido, poniendo en él todos sus afectos, convirtiéndolo en un ideal de bondad, de rectitud, de sabiduría, de todo lo grande que puede haber en el hombre. Y ahora sentía algo frío, algo muerto en ese cariño; sentía—¡al fin lo comprendió!—que amaba á su padre con la ceguedad que el amor personal tiene, pero que ya no lo estimaba. Al comprender esta terrible verdad, que habia de ahondar de día en día la distancia entre ambos, se sintió desfallecer; y ocultando los ojos con una mano—la otra tenía cogida el doctor—lloró amargamente.

No comprendía Mendoza aquella persistencia del silencio y de las lágrimas. Ni por un momento pensó en el motivo real, estando seguro de que nadie podía haber enterado á su hija del pasado drama. Creyó en un ataque nervioso, motiva-

do por la vista de los objetos llenos de memorias. Y volviendo á sus funciones de médico, cogió á su hija en brazos, la acostó en la cama y corrió á su gabinete en busca de un medicamento.

Ana siguió llorando y meditando. ¿Qué debería hacer? ¿Enseñarle á su padre la carta y decirle: «Mira, todo lo sé; ya no puedo vivir contigo,» ó callarse el secreto, devorando la pena y sufriendo con el recuerdo constante de la falta cada vez que viera al culpable? ¡El culpable! ¿Y era aquél, su padre mismo, quien había cometido la falta, quien había traído una perturbación á la familia rompiendo la fidelidad y la paz conyugales? ¿Y era preciso, en justicia, condenar á ese hombre y degradarlo en el cariño filial en nombre de ese mismo cariño, ofendido en la persona de la madre?

De pronto, se determinó el pensamiento y con él la voluntad de Ana. ¿No era bastante que ella supiese lo ocurrido? Toda demostración tendría cierto carácter de venganza, cuyo fin sería hacer desgraciado al hombre á quien su madre le había mandado querer. ¿Para qué una desgracia más? El secreto, sólo por una casualidad le había sido revelado; pero la

intención de la víctima fué que no lo supiese nadie. ¡Pues bien, nadie lo sabría! El castigo estaba ya dado y sobraba: la hija despreciaba al padre. Y cuando el doctor entró en la alcoba con una poción de bromuro, Ana se levantó grave y serena.

—No—dijo rechazando el vaso.—Estoy bien. Vamos á almorzar.

Y se apoyó en el brazo de aquel hombre que ya no era su sostén en la vida, y á cuyo lado habría de encontrarse cada vez más sola, más triste, más desgraciada.



Dos amores

Cuando llegamos á la mitad del contra-muelle, el maestro se paró, extasiado ante la magnificencia del paisaje. Lentamente, anochece en un crepúsculo luminoso, que pintaba de carmin el Occidente con los últimos rayos del sol y comenzaba á dorar el mar de Levante con el reflejo dulce y pálido de la luna. ¡Hora de inefable reposo! A nuestra espalda, la ciudad parecía muerta, obscureciéndose de momento en momento la mancha blanca de sus casas, sobre las cuales yergue el castillo su enorme mole. El mar burbujeaba silenciosamente, levantando apenas levisima espuma, que parecía escarcha sobre el fondo de un azul intenso, inundado de luz bri-

llante que cegaba la pupila. Del horizonte, vago é indeciso, subía una faja violácea, y luego, en suave matiz, otra rosada, lejana copia de la de Poniente. Más arriba, sobre nuestras cabezas, el cielo iba tomando la diafanidad azul (más llena de luz que de color), que ningún pincel podrá copiar nunca.

Ni un rumor en el puerto, ni un crugido en los barcos. Ligera nubecilla, semejante á un cisne, flotaba sobre el cabo de Santapola; y á su derecha parpadeaba ya, débilmente, el más bello de los planetas.

Sobrecogido yo por la hermosura de aquella marina, y aún más—debo confesarlo—por el sello de tristeza que había en la cara del maestro, no acertaba á decir palabra. Por fin, exclamó él:

—¿Has creído tú nunca que se puede ser feliz fuera del mundo de los hombres?

—Sin duda—dije.—Basta la felicidad interior, la tranquilidad de alma...

—No es eso—interrumpió él.—Todos los que ahora dices, son motivos humanos. Serás feliz porque goces salud, ó porque te halaguen, ó por tener riquezas, ó por haber hecho una buena obra. De tales felicidades, todos pueden participar. Todavía en la que procuran las bellezas que el

hombre crea, hay secretos motivos y vanidades de raza ó de especie, que la hacen... demasiado humana. Pero esto..., sentirse feliz ante la Naturaleza misma, nada más que por ella, en la más pura y desinteresada de las contemplaciones, dejándote invadir por el espíritu de las cosas y subyugar por la fuerza y esplendor de lo que tú no has creado ni puedes reproducir, eso, hijo mío, es lo más grande á que puede llegar nuestro sentimiento. ¿Te explicarás ahora por qué el Arte es casi siempre *humano*, y el triunfo que significa el *paisaje* moderno, en el cual la Naturaleza empieza á tomar aires de protagonista?

—No puedo hablar de pintura, maestro. Soy en ella un simple aficionado; pero algo de eso he notado en los libros. ¿Acaso hay en nuestros poetas, en nuestros novelistas, el sentimiento del paisaje, el sabor y la esencia del campo, no de los campesinos? Sólo lo humano les interesa: y un cantor de las *cosas*, ese es más raro que las rosas verdes. Para un párrafo de Maupassant, en que estalla el amor al Mediterráneo, ó un paisaje montaños de nuestro Pereda, ¡cuántas páginas en que las cosas son adornos mudos, puestos sin

intención, con la más absoluta indiferencia ó con artificio falso, en medio de la actividad de los hombres!

—Verdad es—interrumpió de nuevo el maestro, apoyándose cariñosamente en mi brazo;—pero no sentirás toda la fuerza que tiene hasta que hayas luchado para expresarlo en una obra, hija de tu mano y de tu cerebro. Créeme; así como la indiferencia de la mujer á quien amas sirve para aumentar tu cariño y acrecentar en cualidades su imagen, así la Naturaleza crece y se agiganta á medida que luchamos más por poseerla. Yo he aprendido á adorarla en mis combates solitarios con la luz y el color; mientras apuraba mis fuerzas para imitar una forma, para fijar un matiz, en medio de las desesperaciones ó de las arrogancias del artista, gastando en ellas toda la energía de mis nervios, todo el temple de mi voluntad, y, también, todo el amor de mi alma. Sí, hijo mío: he llegado á adorar las cosas como se adora á una amante bastante esquivia para espolear nuestro ánimo, pero no tan desdeñosa que trueque la afición en odio.

Calló un momento, mientras el silbido agudo de un vapor llenaba los aires y se repetía largamente en el eco. La luz había

decrecido mucho; ya no se veía más que una línea rojiza sobre las montañas, y tres pálidos rayos divergentes, que se perdían en el azul luminoso de lo alto. En el mar todo era oscuro, fuera de la dorada banda en que rielaba la luna, cada vez más brillante.

Olvidándome quizá, y como quien piensa en voz alta para sí solo, continuó el maestro:

—Toda la ilusión de mi vida la he puesto en vencer á la realidad. Con ella he batallado dándole la existencia entera, mi sangre y mi cerebro, soñando siempre con hacerla mía, en una de esas que la gente llama «obras maestras». Toda mi juventud se ha consumido así; pero la victoria no ha llegado. Ahora ya soy viejo: las fuerzas me abandonan de día en día, y en medio de los aplausos del público, con toda la gloria que han querido poner sobre mi nombre, llevo en el alma la tristeza inmensa, imposible de comprender para quien no es artista, de notar cómo se van acabando y perdiendo las condiciones personales, sin que la misión esté concluida ni el deseo se declare vencido. Mañana, cualquier día, muy pronto, hablarán de mí con fingida conmiseración, haciendo

sonar la palabra «decadencia»: otro nombre subirá al cénit como rayo luminoso, y ocultará el mio... Tal es la historia de siempre, y la de ahora será también. Quizá volverán más tarde á buscar mis obras, y no verán en ellas más que lo de afuera; pero la inmensa lucha que cada una ha costado, los cuidados y las zozobras que representa cada acierto, eso no lo verán; y menos aún sabrán que me muero sin haber hecho *mi cuadro*, el que he soñado toda mi vida y que no he podido hacer precisamente porque no lo he inventado yo, porque no es una imagen compuesta en el cerebro, sino eso de ahí enfrente: lo real, con todas sus formas y todo su espíritu.

No sabía yo qué decir, sobrecogido por aquella explosión de tristeza íntima. Calló de nuevo el maestro, y descubrió su cabeza blanqueada por los años.

—Esos han sido mis amores—dijo volviéndose hacia la ciudad, donde las luces palidecían bajo el manto de claridad blanca que la luna enviaba.

—¿Nada más que esos, maestro?—dije yo con la cándida imprudencia de la juventud, que no conoce aún más vida que la suya propia y todo lo refiere á ella.

Miróme el maestro, y exclamó entre risueño y enfadado:

—¿Cuáles más? No sabes tú que un amor de esos es más grande que el de todas las mujeres del mundo?

—¿Qué sé yo?—interrumpí, dando rienda suelta á mis ideas.—Yo también amo el campo, el mar, los crepúsculos hermosos; pero de todos los que he visto, sólo permanecen en mi memoria, indeleblemente, aquellos que he admirado junto con alguna persona querida; y de ellos, éste será uno, maestro. Pero hay otros también que no olvidaré nunca. Poder añadir á la belleza de los lugares—al azul de ese mar, á la luz de ese crepúsculo, á la mancha violácea de esas montañas, al centelleo de esos astros,—recuerdos de palabras, de miradas y de canciones; decir, invocando imágenes pasadas: «aquí nos paramos; allá se apoyó en mi brazo; en aquella roca puso el pié breve y ligero, saltando como una niña juguetona», ¿no es, maestro, añadir á las cosas un alma nueva, uniéndolas para siempre á nuestra vida, haciéndolas interiores en nosotros mismos?

—Es inútil que sigas—dijo él sonriendo con aire paternal.—No podemos enten-

ernos tú y yo. En tí habla la juventud, que sólo vive para un sentimiento, y en ese derrocha todas sus energías. A tu edad no hay ciencia, ni arte, ni Naturaleza, ni nada: todas las cosas son fantasmas de apariencia, que el soplo del amor desvanece. Vuestra vida se resume en un nombre de mujer, y por ella lo abandonáis todo. Pero cuando tu vida se nutra de experiencia y de sentido; cuando desdobles tus facultades y resuelvas la simplicidad lineal de tu horizonte de ahora en la complejidad riquísima de la realidad, entonces nacerán en tí otras ansias y otros amores, y tu camino se iluminará delante de tí con un nombre de idea y no de persona. Quizá el supremo arte y esplendor de la vida está en unir uno y otro; pero si es así (que no lo sé, puesto que no lo he logrado), sabrás entonces el oculto sentido que lo personal tiene en el mundo, y lo bajarás del pedestal en que ahora lo pones para fundirlo con las cosas en la serenidad de tu alma, para la cual todo tendrá un espíritu y hablará igualmente el mismo idioma.

Emocionado por estas palabras que, aún misteriosas para mí, removían hasta lo más profundo de mi sér, miré al maes-

tro, cuyos ojos, vueltos al cielo, brillaban como los de un místico. No sé qué desconocida turbación me invadió todo; y por primera vez desgarró el velo de ilusiones de mi juventud la idea de que mi vida no tenía aún nombre y estaba llena de fantasmas.

